



▲
No nació contra nadie.
De la serie 'Habitar lo inefable II'. Collage.
MIRIAM MARTÍNEZ ABELLÁN

Una habitación propia para el pensamiento

Centenario. El Lyceum Club nació en el Ateneo de Madrid de una idea radical: de la convicción de que las mujeres tenían derecho a pensar juntas, a debatir en público y a producir cultura sin tutela masculina

MERCEDES GÓMEZ-BLESA



Hablar del Lyceum Club Femenino de Madrid en su centenario, organizado por el Ministerio de Cultura y comisariado por Tania Balló, no es únicamente evocar una asociación femenina nacida en la España de las vanguardias. Es, sobre todo, recuperar una voz colectiva que fue silenciada, interrumpida y, durante décadas, relegada a los márgenes de la historia cultural española. El Lyceum nació de una idea radical: de la convicción de que las mujeres tenían derecho a pensar juntas, a debatir en público y a producir cultura sin tutela masculina. En una España donde la presencia femenina en la vida intelectual era todavía excepcional, el Lyceum surgió como un gesto de afirmación y de futuro. No nació contra nadie, pero sí a favor de la autonomía intelectual de las mujeres, en un momento en que esa autonomía resultaba profundamente subversiva. Pero contemos sus inicios.

En abril de 1926, en la Sala de Juntas del Instituto Internacional se creaba, bajo la dirección de María de Maeztu, la asamblea constituyente de la asociación femenina más conocida y citada del feminismo español con 115 socias, y el 4 de noviembre de 1926 abría definitivamente sus puer-

tas en la casa de las Siete Chimeneas, con fantasma incluido, en la calle de las Infantas, hoy Ministerio de Cultura, en el corazón de un país que aún debatía los contornos de su moder-

nidad. No fue simplemente la inauguración de una asociación cultural; fue la irrupción pública de una conciencia colectiva largamente gestada. En un contexto marcado por la

Dictadura de Primo de Rivera y por una estructura social que reservaba a las mujeres un papel subsidiario en la vida intelectual y política, el Lyceum emergió como espacio de legiti-

dad, interlocución y afirmación.

María de Maeztu comprendió que la emancipación femenina no podía limitarse a reformas legales aisladas, ni a gestos simbólicos. Era necesario crear una infraestructura cultural propia: un lugar donde las mujeres pudieran reunirse, pensar, debatir y producir saber sin tutela. El Lyceum fue, en ese sentido, una arquitectura moral antes que un espacio físico. Sus salones no eran únicamente salones de té, sino laboratorios de ciudadanía.

El modelo no surgió en el vacío. Inspirado en El Lyceum Club fundado en Londres en 1904 y con sedes en otras capitales europeas, el Lyceum español adaptó esas formas asociativas a la singularidad del contexto nacional. En una España donde la educación femenina había avanzado gracias a instituciones como la Junta para Ampliación de Estudios y la Residencia de Señoritas, el club articuló una continuidad entre formación académica y proyección pública. La mujer instruida debía también ser mujer visible.

Serenidad

La composición de la Junta Directiva condensaba, en su misma estructura, un mapa de la inteligencia femenina española de su tiempo. Al frente estaba María de Maeztu, que ejercía la presidencia con la serenidad de quien entiende la pedagogía como forma de gobierno moral. A su lado, dos vicepresidentas: Isabel Oyarzabal, periodista y diplomática en ciernes, imprimía a las decisiones un pulso político atento a la actualidad europea, y Victoria Kent aportaba la firmeza jurídica y la conciencia reformista. En la secretaría, Zenobia Camprubí, con su experiencia cosmopolita, tejía puentes entre la creación literaria y la gestión cultural, dotando al club de una dimensión internacional. La maestra Amalia Galárraga actuaba de tesorera y la profesora americana Helen Phillips, directora del Instituto Internacional, fue la vicesecretaria. De la biblioteca se encargó la dramaturga María Lejárraga. En sus reuniones se ensayaba una forma distinta de autoridad, colegiada y dialogante, que desafiaba los modelos jerárquicos dominantes.

En cuanto al resto de socias fundadoras, hemos de decir que el Lyceum aglutinó a un amplio abanico de mujeres de la burguesía y de la aristocracia, pertenecientes a tres generaciones de mujeres: la del 98, la del 14 y la del 27 que configuraron la llamada Edad de Plata de la cultura española. Fue, por tanto, un espacio intergeneracional e interdisciplinar, pues eran mujeres pertenecientes a diferentes áreas del conocimiento. Allí encontramos a las literatas, ensayistas, pintoras, y músicas más señeras de la época,